

tenciones respecto de nosotros; de esta manera podéis proporcionarnos el triunfo y al regresar á España yo mismo os recomendaré á los reyes para que ejerzan sobre vos la hermosa prerogativa de la clemencia.

—¿Estais resuelto á seguir mi consejo?

—Sí, os lo juro.

—Pues bien, en ese caso voy á quitaros las cadenas, voy á poner á vuestro lado una persona solo para que os vigile.

Voy á anunciar á los capitanes de los buques y á los marineros que, habiéndoos salvado de la muerte que sufrieron vuestros compañeros, no teneis más deseo que volver á nuestro campo para comunicarnos las noticias que necesitamos para no caminar á ciegas por este desconocido país.

¡Ay de vos si faltais á la confianza que me inspirais; entónces vuestros crímenes serian publicados por todos los pregoneros de España, y caeria sobre vuestro nombre la general execración.

Aguardad aquí mis órdenes.

Colón partió y dijo al jefe de la carabela:

—Dentro de poco vendrá uno de mis pajes con orden mia para hablar con el preso y ponerle en libertad.

Al llegar á su palacio llamó á Isabel.

Le confió la escena que habia pasado entre los dos y predisponiéndola á la clemencia:

—Haced de él un amigo; nos ha causado mucho daño, pero aún puede dispensarnos mucho bien.

Isabel se apresuró á ir al buque donde estaba su esposo.

Capítulo XLIII.

Usos, costumbres, creencias y ceremonias de los naturales de Haití.

La conversacion que habia tenido Alonso Velez con Colón, la situacion en que se hallaba y las exploraciones que habia hecho mientras habia vivido con los indios, le hicieron reflexionar seriamente acerca de su porvenir, predisponiéndole á un cambio radical en su modo de sér.

Estaba en poder de los españoles, habia cometido horrosos crímenes y podian hacérseles expiar.

Al lado de los indios habia comprendido la inutilidad del oro, porque ¿de qué le servia recrear su vista en aquel precioso metal, si no podia adquirir con él los goces que en Europa podia proporcionarse con su auxilio?

Antes de caer en poder de Colon se habia propuesto apoderarse del ánimo de los caciques y obtener su perdon, alegando que todos sus actos habian tenido por objeto conocer á fondo á los indios para ayudar á los españoles á vencerlos, seguro de obtener de esta manera su perdon y ser enviado á España con riquezas y honores; y una vez rico, se prometia ser hipócrita buscando á Isabel, viviendo con ella con todas las apariencias de un hombre honrado, pero entregándose en el misterio á las pasiones que le habian dominado toda su vida.

La actitud que habia observado en Colon, las palabras que habia oido de sus lábios, habian dado más fuerza á su proyecto, y aunque sabia que Caonabo y los suyos no tardarian en salir al encuentro de los españoles y en trabar con ellos una gran batalla, preferia á la proteccion de los caciques de Haiti observar la conducta que le habia aconsejado Colon, para trocar su suerte de prisionero en hombre libre y ser útil á sus hermanos.

Tal era su resolucion cuando se presentaron en el camarote el paje de Colon y el capitan del buque.

—El almirante,—dijo el último,—ordena que en cuanto su paje, que está presente, lo tenga á bien, rompamos sus cadenas.

—Desatadle,—dijo Isabel,—desde luego.

Al oír aquella voz fijó Alonso los ojos en el paje, y quedó en la actitud de la persona que al oír hablar á otra recuerda que no es la primera vez que ha escuchado su voz.

—Ahora dejadnos solos, porque tengo que comunicar órdenes de mi señor y dueño á Alonso Velez.

El capitan del buque dejó en el camarote á Isabel y á su esposo.

—Alonso,—dijo Isabel,—la Providencia ha querido reunirnos al fin.

Alonso, acercándose al paje, cogiéndole de la mano, y llevándole á un sitio del camarote donde penetraba la claridad de la luna.

—¡Isabel!...—exclamó de pronto; ¿tú aquí y en ese traje?...

—¡Me has reconocido!...

—¿Qué es esto?... ¿cómo te encuentras aquí?

—¿No te lo dice tu conciencia?

—¿Saben quién eres?

—Una sola persona lo sabe.

—¿Colon tal vez?

—No te has engañado.

—Ha hecho ya un año,—añadió el falso paje,—que resuelta á vengarme de las infamias que conmigo has cometido, tomé este mismo traje, resuelta á perseguirte y á morir á tus manos ó á castigar tu ingratitud.

El hombre generoso que te admitió en su compañía te recordó los deberes que habias olvidado y accediste á santificar el lazo que hasta entonces nos habia unido, ofreciendo volver para no separarte más de mí.

Pasó el tiempo, regresó Colon, sé tu historia des-

de el momento en que le abandonaste, para vender tu brazo á los enemigos de tu patria.

—¡Isabel!

—Es inútil que quieras sincerarte. Te conozco, y sé que cuantos esfuerzos hiciera para despertar en tu corazón aquel amor que me ofreciste un día, y que fué poderoso para arrancarme de los brazos del deber y arrojarme en los tuyos, que han sido y son los de mi desgracia, serian inútiles.

Faltaste á tu palabra, y al anunciarse una nueva expedición á estas lejanas tierras, busqué los medios de formar parte de la servidumbre del almirante, sin que él me conociera, para venir aquí á buscarte.

—Yo he sido;—añadió Isabel con vehemencia,—yo he sido quien ha descubierto tu infame traición; yo quien en las crispadas manos de un cadáver ha hallado el testimonio de tu infamia... He podido muy bien aprovecharme de las cadenas que te ligaban hace un instante para clavar un puñal en tu pecho, hiriendo al mismo tiempo el mio... Ya has visto que he sido generosa, que he preferido perdonarte, pero con una condición.

Los dos tenemos que cumplir una sagrada deuda de gratitud. Yo te perdono; yo olvidaré tus promesas; yo buscaré en la muerte el alivio á mis amarguras; no te exigiré cuenta del pasado... pero todo esto á condición de que has de revelar á nuestro protector cuanto sabes acerca de los indios, cuanto pueda contribuir á su triunfo.

Si tal haces, hallarás el perdón; aún podrás conseguir honores y riquezas.

Sé que me odias; sé que te estorba mi presencia en el mundo... yo te ofrezco poner fin á mis días cuando, después de haber conquistado nuestros hermanos este país, partas tú victorioso á España á recoger el premio de tus servicios.

Aquella resolución dictada por el despecho, por el dolor, y al mismo tiempo por la gratitud que sentía hácia Colón, produjo asombro primero, y más tarde admiración en el empedernido corazón de Alonso Velez.

—Me juzgas mal,—le dijo,—pero no quiero probarlo con palabras, sino con hechos.

Tan distinto de lo que crees es mi modo de pensar, que yo te ofrezco hacer una completa revelación de cuanto sé al almirante; facilitarle los medios de conseguir su propósito, y cuando vuelva á España volver contigo para vivir siempre á tu lado y resarcirte, satisfecha mi sed de oro, de los tormentos que mi pobreza, no mi corazón, te ha hecho sufrir.

Yo te lo juro por lo más sagrado.

Este es hoy mi único deseo, pero no creas mis palabras. Aguarda á mis actos; vé á decir á Colón que estoy dispuesto á hacerle toda clase de revelaciones.

—Yo no volveré á verte,—dijo Isabel,—hasta estar convencida de que tu resolución no es hija de una nueva intriga. El secreto de mi existencia quedará entre los dos.

Partió Isabel y al día siguiente manifestó Colón á los capitanes que habia celebrado una conferencia con Alonso Velez, que se habia convencido en ella de que todos sus actos habian sido inspirados por el fin de conocer á fondo la vida de los indios, y poder dar ámplia idea de ella á los capitanes de las nuevas expediciones que fueran á la India.

A petición de Alonso Velez fué el padre Boil á bordo, se confesó con él y cambiada por completo la impresion que habia producido al principio, todos se aprestaron á escuchar su revelacion.

Urgia el tiempo y aquella misma noche dispuso Colón que fuese á su morada Alonso Velez, y en presencia de todos los capitanes satisfizo la curiosidad que en todos despertaba la actitud que guardaban los indios respecto de los españoles, sus costumbres, su modo de ser, todo lo que les concernia.

—Los indios que habitan esta isla,—dijo Alonso Velez comenzando su relato,—no se parecen todos á los que conocimos al principio, cuando desembarcamos en el puerto de la Navidad.

Tampoco los otros cuatro reyes que dominan con Guacanajari los cinco departamentos en que está dividido el reino poseen la dulzura de carácter del primer soberano con quien habeis tratado.

Marien, el territorio de Guacanajari, hoy desierto, era la mansion de la paz. Las escursiones hechas de tiempo en tiempo por los caribes para saquear la isla, han acostumbrado á sus habitantes al manejo de las armas, y especialmente las tribus de las costas

mas próximas á las islas caribes, están compuestas de guerreros.

Los más temidos de todos son los de Caonabo.

Caonabo es el rey del departamento de las minas, es el caudillo más temido y más respetado.

Desde que está en Haiti han cesado las invasiones de los caribes.

El mismo habia nacido en Cibuqueira; era caribe de origen, llegó á Manguana en una de sus expediciones; se internó en la provincia de Xaragua y en aquella tierra fértil, cubierta de aldeas, las más civilizadas de la isla, encontró á Anacaona, hermana del cacique Boechio, que, prendada de su hermosura, le hizo su esposa y se quedó en la isla ofreciendo defender á todos sus habitantes de las invasiones de los caribes.

La fama de su valor los alejó de la isla para siempre, y no hay un solo haitiano que no tema la presencia del cacique, y que no le profese al mismo tiempo una verdadera idolatría.

—¿Luego Caonabo,—dijo Colón,—es el cacique principal?

—No,—repuso Alonso Velez,—el verdadero rey hereditario es Guacanajari; él es el heredero de Vagoniana, la diosa á que, segun los indios, deben todos la vida.

—¿Pero tienen los indios religion?—preguntó el padre Boil.

—Sí, padre, sí; creen en un supremo númer, inmortal, omnipotente é invisible, que habita el cielo